

¿GESTIONAR O CAMBIAR EL SISTEMA?

ESTA ES LA CUESTIÓN (I)

Contribución al debate sobre la izquierda latinoamericana

Con fecha 11/08/2004 apareció en la sección *La izquierda a debate* de REBELIÓN un interesante artículo de Atilio Boron, intituado *La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI: nuevas realidades y urgentes desafíos*, que constituye un brillante análisis de la situación latinoamericana hoy. Sin embargo, en lo tocante a la relación de la teoría con la práctica, existen en dicho artículo algunas contradicciones y ambigüedades cuyo poner de manifiesto es el objetivo del presente texto.

Como anticipo, diré que, después de leer el artículo, las conclusiones prácticas que se infieren del mismo son contradictorias; a saber: a) *hay que ser revolucionario dentro de un orden* o b) *hay que ser reformista radical*. Como ha podido observar el lector, se trata de contradicciones en sus términos; todo el mundo sabe que para ser revolucionario hay que ser radical, y que las reformas sólo se hacen dentro de un orden (se trata de cambiar algo para que todo siga igual).

Boron comienza presentándonos un neoliberalismo en crisis, que se encuentra “acorralado”, tanto por la acción de fuerzas externas como internas (¿cuáles?). Veámoslo más de cerca: lo que caracteriza el neoliberalismo es un conjunto de políticas antisociales que tienen como objeto beneficiar al capital. Algunos ejemplos: la desregulación del “mercado laboral” a favor del capital, la disminución de los impuestos sobre las grandes rentas y los beneficios capitalistas al mismo tiempo que aumentan los impuestos “indirectos” que recaen sobre la mayor parte de la población y perjudican especialmente a los más pobres, la política privatizadora que pone lo público en manos privadas, el recorte del gasto público y social, etc., etc. Estas políticas son asumidas a bombo y platillo por las derechas, y, con matices, por las “izquierdas”; estas son las políticas que, *mutatis mutandis*, asume Lula como propias para el Brasil.

No parece, por tanto, que nada haya cambiado o que nada vaya a cambiar respecto del neoliberalismo... o, mejor dicho, ¡sí!, lo parece: tan sólo lo parece.

Vivimos un momento histórico en el que coinciden la mayor ofensiva del capital y su derecha carpetovetónica para recuperar las posiciones perdidas desde la primera “guerra mundial” y la mayor difusión social de la consigna de que “otro mundo es posible”. Sin embargo, la reivindicación de ese otro mundo

posible no es seria, no es radical, es de carácter reformista, no es el *sistema* en sí mismo lo que se cuestiona, sino sus efectos secundarios: el hambre, la manipulación del mundo por cuatro países con sus multinacionales, el deterioro deliberado y sistemático del medio ambiente, la guerra imperialista, el terrorismo de estado o de otro tipo... y el largo etcétera de todos conocido. Estos efectos son atribuidos **no** al propio *sistema* **sino** a una eventual mala gestión del mismo cuando, en realidad, es la naturaleza misma del *sistema* la que los conlleva; el *sistema* no puede funcionar de otro modo que explotando todo lo explotable, empezando por los propios seres humanos, objeto de cruda compraventa. Lo que ahora mismo se está reclamando no es, en realidad, un cambio de *sistema*, sino algo aún más difícil, es decir, imposible: se quiere el funcionamiento del *sistema* pero sin sus efectos secundarios (lo que prueba hasta qué punto la sociedad, alienada, no trasciende la ideología; es decir, demostrándose la vigencia de la máxima de Marx, no puede pensar en otros términos que los que le ha impuesto la clase dominante, por más que crea que lo hace), y esta es una de las contradicciones que percibo en el artículo de Boron. Con estas premisas, un cambio de "talante" aparece como un cambio de contenido, y, luego, ocurre lo que ocurre, como con Felipe González en España y con Lula da Silva en Brasil, que contando con un gran apoyo popular para el cambio, lo han echado todo a perder.

Acto seguido, Boron analiza las causas de lo que el llama la “resistencia” al neoliberalismo –pienso que, en todo caso, es más correcto calificar este proceso de *contestación*, porque *resistencia* es un concepto demasiado fuerte para caracterizar lo que hay –. Boron destaca cuatro causas de presunto descalabro del neoliberalismo: a) el mencionado “fracaso” económico –que ha tenido consecuencias como el surgimiento de nuevos movimientos contestatarios, el crecimiento y afianzamiento de fuerzas contestatarias ya existentes y el momento basculante de las “clases medias” que lo aproxima a los anteriores movimientos –hay que andar con mucho ojo con esos estratos precisamente por ese carácter basculante propio de su naturaleza pequeño-burguesoide–; b) el fracaso del modelo democrático convencional, que atrae la sensibilidad social y, eventualmente, el voto, hacia las “izquierdas” del “donde dije ‘digo’ digo ‘Diego’”; c) lo que yo llamaría, más bien, la *proletarización* de la sociedad, al contrario que Boron, que introduce nuevas categorías no explicativas –es decir, que no explican nada que no se pueda hacer explícito con las ya existentes– como el concepto de *pobretariado* (gentileza de Frei Betto) aplicado a lo que no es más que lo que ya Marx llamaba el “ejército de reserva” proletario del capital –como decía Okam: *entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem*, es decir, no hay que multiplicar los entes innecesariamente–; d) el surgimiento de movimientos independientes,

como los zapatistas, precisamente cuando todo el mundo estaba durmiendo plácidamente la siesta neoliberal del tan proclamado –y tácitamente suscrito– “fin de la historia” (para Boron parece tratarse de una especie de paréntesis). Si en algo coincido plenamente con Boron es en su crítica a Negri & Co; yo diría que el prestigio de Negri en los ámbitos intelectuales es inversamente proporcional a la capacidad intelectual de dichos ámbitos: este individuo, que tan gratuitamente critica *El Capital* de Marx y, sin embargo, con igual gratuidad alaba los *Grundrisse* del mismo autor, no ha entendido *nada* ni del uno ni de los otros.

(...a continuar)

Jordi Soler Alomà

Barcelona, 19 de agosto de 2004